

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES –SEDE
ECUADOR

MAESTRÍA EN RELACIONES INTERNACIONALES CON MENCIÓN
EN GLOBALIZACIÓN Y DESARROLLO, CONVOCATORIA 1977-1999

20085000

IMPUG-NACION REGIONAL

**DEMANDA AUTONÓMICA E IDENTIDADES REGIONALES Y
NACIONALES EN EL ECUADOR POST FIRMA DE LA PAZ**

AUTOR: FRANKLIN RAMIREZ GALLEGOS

IMPUG-NACION REGIONAL

**Demanda autonómica e identidades regionales y nacionales
en el Ecuador post-firma de la paz**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR**

franklin ramírez gallegos

quito, 2000

SUMARIO

Introducción	2
PARTE UNO: IDENTIDADES SOCIALES	12
Capítulo I. Identidad, poder y estrategia	13
PARTE DOS: LOS ESCENARIOS	24
Capítulo II. Acumulacion flexible, reorganizacion espacial y reposicionamiento identitario	25
Capítulo III. Nación y política	48
Capítulo IV. Lo nacional-ecuatoriano	69
PARTE TRES: EL CONFLICTO REGIONAL	94
Capítulo V. La demanda 'regional-autonómica.	95
PARTE CUATRO: SALIDAS	144
Capítulo VI. Surturas	145
BIBLIOGRAFÍA	159
ANEXOS	169

CAPITULO CUATRO

Lo nacional-ecuatoriano: disputa y domi-Nación

En esta parte del argumento presento una discusión sobre los sitios en torno a los cuales se fija el entramado articulador de signos, símbolos y narrativas destinadas a la construcción de la identidad nacional ecuatoriana. Con este acercamiento procuro visibilizar los lugares, los contenidos y las modalidades con que se encadenan diversos elementos, filtros, o variables claves para producir estructuras de pertenencia hacia la nación.

Para el efecto centraré mi atención en las prácticas de los actores estatales y las élites gobernantes y militares, circuito en torno al cual se han elaborado las visiones 'oficiales'⁶⁴ sobre la identidad ecuatoriana. Este énfasis se deduce de la primacía que el rol del Estado ha tenido en América Latina y en el Ecuador en la constitución de lo nacional. Desde tales sectores y espacios institucionales se producen narrativas destinadas a 'crear sujetos' -los ciudadanos nacionales- sobre la base de representaciones simbólicas y materiales que son activamente consumidas, interpretadas y disputadas por los actores sociales invocados.

Tal nivel de disputabilidad⁶⁵ de los relatos oficiales sobre lo nacional ha sido desplegado, sobre todo durante la última década, por el movimiento indígena y sus diversas organizaciones: desde estos sectores se han activado algunos cuestionamientos a las ideas convencionales sobre las formas y los procedimientos para entender, definir y enmarcar 'la ecuatorianidad'. Una parte del argumento aquí desarrollado busca evidenciar precisamente estas disputas simbólico-culturales y sus implicaciones políticas en el campo de la construcción de la identidad nacional.

El abordaje desarrollado en este capítulo, entonces, se sustenta en una "lógica polémica" de las culturas, es decir, supone que éstas se originan en conflictos, en tensión, a veces incluso en

⁶⁴ Conviene precisar dos aspectos sobre esta noción: a) no se trata de separar y dicotomizar lo oficial y 'lo popular' sino de advertir, siempre en clave gramsciana, que las formaciones culturales —entre ellas las identidades nacionales— constituyen y están atravesadas por relaciones de poder, y que por tanto la consecución de la hegemonía tejida en torno de lo cultural se produce en la articulación de lo dominante y lo subalterno: lo oficial entonces comprende y cobra sentido en la reunión de los elementos subordinados; b) en el despliegue de los nacionalismos oficiales, los discursos y prácticas que los activan no pueden ser considerados como uniformes y plenamente consistentes; en su interior coexisten visiones encontradas y en franca disputa (cfr. Radcliffe y Westwood, 1999: 130-131).

⁶⁵ Por esta noción hago referencia a la posibilidad que tienen los actores sociales en un régimen democrático de confrontar y oponerse de forma razonada a determinadas resoluciones, prácticas o decisiones que afecten su comprensión, sus intereses y sus expectativas dentro de la sociedad. Para un argumento extendido respecto de la relación entre democracia y disputabilidad ver "Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno", Philip Pettit, PAIDOS, 1999.

violencia, lo cual no implica que los órdenes culturales se impongan fácilmente desde los 'más fuertes hacia los más débiles'. En la medida en que las culturas, las identidades y las representaciones sociales son producidas por individuos o grupos que ocupan posiciones desiguales en el campo social, económico y político, "las culturas de los diferentes grupos se encuentran, más o menos, en posiciones de fuerza (o de debilidad) unas en relación con las otras" (Cuche, 1999:88). Es imposible sostener la idea de que los órdenes representacionales y culturales son equivalentes, existen jerarquías, relaciones de dominación y hegemonía, de control y resistencia, que atraviesan y modelan las relaciones culturales⁶⁶.

Al descomponer los textos, discursos, mapas, imágenes o símbolos (la institución de lo nacional puede ser descrita como un ejercicio intertextual) de los relatos nacionalistas oficiales y de sus disidencias -enfazando en la yuxtaposición de relatos geográficos, históricos, étnicos, regionales, y sexuales- será posible observar: a) como se han administrado o dispuesto algunos elementos diacríticos para potenciar trayectorias de filiación identitaria tendencialmente homogéneas y uniformes; y b) la serie de discontinuidades, fracturas y fronteras que bloquean y rellenan las estructuras de pertenencia nacional.

Poner el acento analítico en las ideas de 'disposición' o 'gestión' de variables de pertenencia alude a una lectura eminentemente politológica del problema de la formación nacional, a saber, diseccionar en las relaciones entre la nación y las estructuras y procedimientos institucionales (la unidad política, el Estado) que la prefiguran, regulan y coordinan en tanto nudo simbólico-significativo de importancia central para la consecución de legitimidad⁶⁷.

Tal énfasis conceptual permitirá dirigir la reflexión final del capítulo hacia un conjunto de interrogantes y respuestas sobre las relaciones entre las cualidades de la construcción política de lo nacional-ecuatoriano y su incidencia en una configuración estatal que, en nuestros días, es ampliamente contestada desde diversos núcleos identitarios -siendo el conflicto regional uno de sus principales desafíos.

4.1 La imagería nacional

⁶⁶ J.C Passeron y C. Grignon explican que el análisis social no puede aprehender las relaciones de cominación cultural, como lo hace con las relaciones de dominación social, "porque las relaciones entre símbolos no funcionan según la misma lógica que las relaciones entre grupos o individuos...la dominación cultural no es nunca ni total, ni definitivamente segura y por eso siempre está acompañada de un trabajo de inculcación cuyos efectos nunca son unívocos; a veces son 'efectos perversos' contrarios a las expectativas de los dominantes, pues soportar la dominación no significa necesariamente consentirla" (cfr. Cuche, 1999: 88-89).

⁶⁷ La diada nación-legitimidad catapulta la reflexión hacia los terrenos conceptuales de la construcción de hegemonía política dentro de un campo social dado (ver el apartado "Estado, legitimidad y ciudadanía: la articulación política de lo nacional en la era democrática" en el capítulo III de este trabajo)

En lo que sigue se destacan los temas principales que articulan y producen los relatos nacionalistas oficiales. Cabe advertir que, más que desarrollar una reflexión exhaustiva sobre el problema, el objetivo de esta descomposición es evidenciar que el despliegue de un sentido de pertenencia medianamente homogéneo hacia lo nacional se produce a través de intensas fracturas identitarias que colocan la imagen de un conglomerado simbólico poroso, vulnerable y discontinuo.

Para iniciar la reflexión cabe anotar que en América Latina la comprensión del proceso de construcción de lo nacional se ha centrado, por buenas razones, en el rol de los estados y de las élites dominantes. Para el caso ecuatoriano algunos autores (Cueva 1988; Quintero, 1991; Silva, 1991) han enfatizado el carácter clasista de su institución. Desde una orientación marxista parecería ser que la direccionalidad de estos trabajos fue la de evidenciar que, como señala Etienne Balibar, "el contenido y la forma de las naciones han estado estrechamente ligados a élites específicas" (1986); según tales trabajos tal parecería ser el caso ecuatoriano.

Estas lecturas, sin embargo, invisibilizan que en países poscoloniales y multiétnicos, y con procesos de desarrollo desigual y diferenciado, la creación e incorporación de las identidades nacionales es por demás problemática: existen lugares de enunciación adicionales, sobre todo factores espaciales, étnico-raciales, regionales y de género que hacen más complejo el análisis. Por ello, en lo que sigue trataré de discutir⁶⁸ la forma en que estos elementos se han superpuesto, fundido e intercalado para la costura de lo nacional. Otorgo especial énfasis a tres dimensiones que, desde los discursos y prácticas oficiales, condensan gran parte de los filtros de agregación nacionalista: el espacio, la historia, y lo étnico.

a) Los usos del espacio

En esta línea de argumentación, el primer eje para el análisis de las formas en que los relatos oficiales, élites estatales, gubernamentales y militares sobre todo, han participado en la creación, apuntalamiento y sostenimiento de una identidad nacional homogénea y universalmente reconocida alude a la administración del espacio/territorio nacional, y a la posibilidad de presentarlo ante la ciudadanía en términos de un poderoso significante generador de adherencias identitarias nacionalistas.

La gestión del territorio es una de las premisas centrales que estabiliza la centralidad de los estados nacionales en la época moderna. Tal legitimación tiene una doble expresividad en términos del problema de la soberanía: hacia "adentro", con los habitantes del espacio ocupado, el Estado define tanto los límites internos como las relaciones de las regiones o zonas internas con el territorio

⁶⁸ La argumentación que sigue se sustenta en material proveniente de fuentes secundarias. Particularmente suscitadora para el tipo de reflexión que quiero trazar ha sido la investigación de Sarah Radcliffe y Sallie Westwood sobre las identidades nacionales en América Latina y específicamente en el Ecuador. Su libro acaba de ser traducido al español (1999) de su versión original en inglés (1996), en este capítulo he utilizado las dos versiones.

nacional. Hacia el exterior, se marcan un conjunto de fronteras ante los Estados vecinos. La soberanía supone así que hay una autoridad final y absoluta dentro de una comunidad política. Por ello es posible decir que en el Estado nacional moderno se produce una fusión entre territorio y soberanía, asunto que facilita la legitimación del dispositivo estatal desplegado para hacer efectiva la apropiación del espacio (cfr. Peter Taylor, 1994, en Ibarra, 1999).

Así, cabe remarcar que en el Ecuador la cuestión territorial ha sido asumida como un asunto oficial en torno al cual el Estado ha debido intervenir para generar un proceso de creación de vínculos de identificación con un territorio imaginado como propiedad común. Instituciones estatales, como las escuelas, los institutos geográficos, los medios de comunicación gubernamentales, las Fuerzas Armadas, se articulan para presentar la 'topografía' como nacional, unitaria y soberana.

A nivel del currículum educativo, por ejemplo, las representaciones escolares por medio de la enseñanza de la geografía y la cívica basan la inculcación de la 'ecuatorianidad' en un particular énfasis en los problemas limítrofes del país. Se trata de asignaturas con las cuales han debido enfrentarse obligatoriamente sucesivas generaciones de estudiantes, en ellas se inyectan dosis de 'amor patrio', 'dignidad nacional' y respeto a los símbolos oficiales del país (escudo, bandera, himno). El conocimiento de la historia nacional se liga, en este nivel, con la historia de los límites y los cambios fronterizos, así como en la presentación de la composición y diversidad regional del país (la descripción de las tres regiones principales –Costa, Sierra y Oriente).

Del mismo modo, las ideas de independencia, unitarismo y soberanía son usadas en la Constitución ecuatoriana para enfatizar "la fe en el control interno del territorio" (Radcliffe-Westwood, 1999: 95) o en términos de Erika Silva el "mito del señorio sobre el suelo" como componente fundamental de la construcción de la identidad ecuatoriana desde las clases dominantes (cfr. 1991).

Se ha producido una poderosa "ideología territorial" sobre la base de reconstrucciones históricas y geográficas que limitan temporal y espacialmente los sentidos de la identidad nacional. El criterio general de unificación es que "las naciones fueron creadas dentro de unos límites territoriales" (Ibarra, 1999:17).

En este sentido, la interpretación oficial del conflicto fronterizo con el Perú, con la imagen de una usurpación territorial legitimada por el protocolo de Río de Janeiro en 1941, ha colocado en la opinión pública nacional la idea de perjuicio, daño e injusticia sobre la potestad nacional de administración de sus territorios. La visión de una invasión extranjera a los límites del espacio nacional ha funcionado como un filtro catalizador de adhesiones nacionalistas que se expresan en una voluntad histórica de sostener la imagen del Ecuador como país amazónico.

Después de tal conflicto bélico se desarrolla una amplia cartografía histórica sobre el Ecuador destinada a mostrar los derechos conculcados, “se afirmará la constante mutilación territorial ecuatoriana, el sentimiento de pérdida permanente, la convicción de haber sido desmembrado por vecinos poderosos e inmisericordes. El pueblo ecuatoriano encuentra así una nueva hermandad que lo unifica: la conciencia de país débil y agredido” (Ospina, 1996:123).

En la enseñanza oficial de la historia de límites, igualmente, la identidad nacional es inculcada en relación a la pérdida territorial –muchas veces descrita como despojo por la fuerza o robo- y a la necesidad de adoptar una posición moral y patriótica respecto a tales sucesos y a sus responsables (los países vecinos, el Perú sobre todo).

De esta forma la construcción discursiva de lo “territorial-despojado”, activada fundamentalmente por actores estatales y cúpulas militares, ha funcionado en el Ecuador como un mecanismo de segregación identitaria: se han construido una multiplicidad de signos para producir un efecto de adscripción y pertenencia. Fácilmente se encuentran mapas que re-presentan al país con dimensiones superiores a las que posee y en los que se marca la fractura territorial de 1941⁶⁹; historiografías oficiales que comprenden el espacio nacional como un continuo de la unidad administrativa colonial de la Real Audiencia de Quito⁷⁰; asignaturas obligatorias para la educación media que enfatizan el perjuicio a la unidad territorial originaria⁷¹; entre otros⁷² elementos desunados a encausar un tipo de interpretación colectiva de una imagen que legitima la existencia de la nación y por lo tanto del Estado y sus instituciones (cfr. Bonilla, 1998).

En este proceso de edificación de “geografías nacionales imaginarias” el rol de las Fuerzas Armadas ha tenido capital importancia. Desde los años veinte el Estado encargó al ejército la tarea de confección de los mapas oficiales. La cartografía profesional y la representación especializada del espacio nacional, dispositivos prioritarios a la hora de construir naciones (cfr. Anderson, 1993), se han modelado bajo la lógica institucional de los militares ecuatorianos. El Instituto Geográfico Militar (IGM), anexo a la institucionalidad militar desde 1928, es la instancia oficial para la confección de mapas, fotografías aéreas, colocación de hitos fronterizos (como en 1941), creación de información y discursos acerca del espacio nacional (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999).

⁶⁹ Estos mapas están disponibles en todo el país, se los encuentra pegados en las aulas de clase e incluso aparecen como contra-carátula (al igual que los himnos y las re-presentaciones de la bandera y el escudo nacionales) de la mayoría de cuadernos escolares y universitarios que circulan en el país. (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999).

⁷⁰ Confrontar al respecto el trabajo de Erika Silva “Los mitos de la ecuatorianidad”, 1992, sobre todo las páginas 19-25.

⁷¹ Cfr. Radcliffe y Westwood, 1999; Hernán Ibarra, 1999.

⁷² Me refiero, sobre todo, al himno, al escudo y a la bandera nacionales como dispositivos simbólicos materiales activados para representar a los nacionalismos oficiales. Además se puede citar a las fiestas patrias - actos cívicos, monumentos celebratorios, museos- que conmemoran las guerras de independencia en que se “liberó” al territorio nacional del dominio español.

La construcción de mapas que visibilicen al territorio nacional ha emergido, por lo tanto, atravesada por los efectos simbólicos y políticos de los conflictos fronterizos, especialmente con el Perú: El mapa del Ecuador con la línea del Protocolo de Río de Janeiro -en el que se ha enfatizado la inejecutabilidad del mismo en el tramo sur oriental del espacio nacional- es una fuente legitimada de representación del país; al mostrar tal demarcatoria se pone en juego la necesidad de recordar el desmembramiento del espacio nacional y resaltar así "las dimensiones antiperuanas del nacionalismo" (ibid.).

Cabe admitir entonces que en la interpretación y decodificación del problema limítrofe las Fuerzas Armadas han elaborado un discurso nacional, muy poco confrontado, que a su vez las convierte en "el único actor de carácter nacional en un contexto marcado por fracturas" (Bonilla, 1998) étnicas, culturales, regionales y clasistas. Se trata de una eficaz interpelación al espacio (y dentro de éste, al ícono de una frontera usurpada) como un vehículo para unificar, seducir y homogenizar las trayectorias de filiación a la patria.

La actuación de las Fuerzas Armadas enuncia la forma en que el Estado ecuatoriano ha utilizado la geografía en general y la cartografía en particular como un dispositivo político que fusiona conocimiento y poder en vías a representar la relación entre el espacio nacional y la soberanía. Precisamente estas ideas evidencian como la geografía, como disciplina académica, tiene directa incidencia en la creación de una identidad nacional. En este caso se ha tratado de unificar el recuerdo de una supuesta apropiación y pertenencia ecuatoriana del río Amazonas.

De esta forma queda insinuado como la administración de la historia y la geografía territoriales ha funcionado como un potente foco de irradiación de lo nacional-ecuatoriano. En el caso ecuatoriano, el "espacio nacional reivindicado" -distinto del espacio nacional efectivo- ha sido utilizado como artefacto de cohesión y unificación, sobre todo en lo relativo al diferendo limítrofe con el Perú (cfr. Ibarra, 1999). Los mapas nacionales se han convertido "en 'logotipos' de la identidad nacional en pleno auge del capitalismo impreso donde la reproducción de imágenes es una fácil tarea (Radcliffe-Westwood, 1999:105). Así, la imagen del territorio nacional, atravesada con la línea demarcatoria del Protocolo de Río de Janeiro, se ha convertido en un símbolo nacional adicional (aunque no-oficial) que produce un intenso sentido de pertenencia. En suma, desde diversos lugares el principio de integridad territorial ha sido intensamente activado como mecanismo de legitimación del Estado-nacional.

En otro nivel, cabe enfatizar que dentro de la gestión oficial de la variable espacial, uno de los tópicos de mayor importancia es el relativo a la representación de las regiones (Costa, Sierra, Amazonía y Galapagos) que componen y dan forma al territorio nacional. En este aspecto se

observan una serie de representaciones disímiles que impiden hablar de una versión oficial monolítica.

En efecto, así como es posible encontrar mapas que diseñan al Ecuador como un país con entidades regionales muy diferentes, incompatibles y desconectadas entre sí⁷³, es evidente que en los mapas elaborados por el IGM las tres regiones son representadas en términos geofísicos, es decir, como unidades productivas-naturales diversas pero interconectadas entre sí. Cada una juega un rol distinto en el desarrollo nacional pero terminan confluyendo en la puesta en escena de un país unitario (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999:104-105). Precisamente, durante su gobierno en la década de los setenta, “los militares consideraron la cuestión regional como el problema principal que impedía la plena formación nacional y apoyaron el mejoramiento de las redes de comunicación” inter-regional (cfr. Quintero-Silva, 1991).

Precisamente, los sectores militares han puesto en circulación la figura del control del espacio nacional no sólo desde una perspectiva de soberanía territorial y seguridad nacional, sino de desarrollo social y económico. Así, el Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN)⁷⁴, institución militar bajo comando de la presidencia, ha cambiado sus discursos sobre lo nacional desde fines de los setenta para minimizar las funciones propiamente militares y enfatizar su misión de contribuir a la desaparición de la pobreza, el desempleo, el subdesarrollo en todo el espacio nacional. En este sentido, el papel de las Fuerzas Armadas como agente de desarrollo en las zonas rurales ha sido particularmente afirmado en la década del noventa (cfr. Bustamante, 1999b).

En este discurso, la consecución de los objetivos de desarrollo en todo el territorio están estrechamente ligados al apuntalamiento de la identidad nacional, objetivo prioritario en la declaración de principios del IAEN. Desarrollismo y nacionalismo se afirman como ejes motrices de una estrategia de control y afirmación del espacio por encima de sus diferencias regionales y étnicas.

A pesar de estos esfuerzos de soldadura de las unidades regionales cabe resaltar la disparidad y el estrecho alcance de tales políticas. En efecto, quisiera sugerir que en las relaciones entre unidades regionales y un “macro-territorio” nacional se activa un problema analítico -inspirado en el esquema

⁷³ Se hace alusión, por ejemplo, a los mapas que se encuentran en el texto escolar de F. Terán, “La geografía ecuatoriana” (1990), que durante mucho tiempo funcionaron como textos oficiales para el nivel primario (cfr. Radcliffe-Westwood, Capítulo IV).

⁷⁴ El IAEN se encarga desde 1972 de elaborar las estrategias de seguridad nacional y de preparar a las clases gobernantes de la nación (cfr. Quintero y Silva, 1991); para el efecto capacita profesionales para la planificación del desarrollo nacional y prepara profesionales de alto nivel en la investigación y análisis de la realidad nacional. Se trata de una institución que acoge a civiles y militares, para inicios de los 90's de siete graduados, seis eran civiles (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999:108).

andersoniano⁷³- relativo a la densidad y cualidad de redes y vínculos comunicativos que posibilitan la fabricación y concreción del imaginario nacional. Las relaciones entre lo nacional y los medios comunicacionales desplegados sobre un territorio dado pasan a constituirse en aristas analíticas claves para la comprensión de las formas de construcción de lo nacional⁷⁶.

Esta imagen es útil para pensar la nación como un “campo de comunicabilidad potencial” (Hobsbawm, 1991:61): la forma y el alcance en que se dispongan las carreteras, los medios de transporte y actualmente los medios de comunicación masivos -prensa, radio y televisión- incidirán directamente en la estabilidad, contundencia y densidad de los vínculos nacionales. Para el caso ecuatoriano cabe advertir el restringido nivel de “conectividad” que subsiste dentro del territorio nacional. Amplias zonas del país no cuentan con circuitos de transporte regulares para comunicarse con unidades espaciales mayores, la circulación de los periódicos ‘nacionales’ dista de haber conformado un mercado nacional, e incluso, la televisión no forma parte de sus consumos habituales⁷⁷ o en el peor de los casos es remplazada por canales extranjeros (es extendido el consumo de programación peruana o colombiana en algunas ciudades amazónicas y en Galápagos). Habría que interrogarse, y documentar con precisión, los efectos que la insuficiencia comunicativa intra-nacional e inter-regional tienen en la conformación de los sentidos de pertenencia nacional.

En cualquier caso, resulta evidente no sólo que el proceso de ‘interconexión’ resulta insuficiente sino además que la efectividad de su despliegue está estrechamente ligado a la preeminencia de las principales (en términos políticos y económicos) urbes modernas del país en claro detrimento de zonas de influencia menor (rurales sobre todo). La estructura comunicacional existente, jerarquiza y discrimina amplios espacios de la geografía nacional, lo cual constituye una poderosa señal de la fragilidad de ciertos relatos oficiales que asumen la existencia de un espacio nacional sólidamente vinculado.

Precisamente, cabe señalar que en la construcción del tejido nacional ecuatoriano, las dimensiones espaciales que han funcionado como nodos articuladores de la imagen del país se ubican en torno de las mayores unidades metropolitanas (Quito y Guayaquil principalmente, Cuenca, Manta, y Portoviejo en otro nivel) con características urbanas y asociadas con los atributos de la modernidad.

⁷³ Para el caso de las naciones europeas Anderson plantea la sugerente idea de que el “capitalismo impreso” - la difusión y comercialización ampliada, desde el siglo XVIII, de periódicos, novelas, y otros escritos codificados en lenguas nacionales “mayores”- habría incidido directamente en la formación de la comunidad imaginada de la nación puesto que miles de lectores se encontraron representados de forma simultánea en situaciones, personajes y eventos que los concernían (cfr. 1993: 63-76).

⁷⁴ Néstor García Canclini, en esta línea argumentativa, ha esbozado la tesis de que la cinematografía mexicana de los años 20-30 habría tenido particular incidencia en la edificación de la identidad mexicana y en el forjamiento de ciertos iconos de la mexicanidad como el charro, el mariachi, el macho. (Cfr. 1995 y 1996).

⁷⁷ El diario “El Comercio” publicó, el 10 de febrero del 2000, la noticia titulada “La región amazónica ya cuenta con una repetidora de televisión”. Esto evidencia la estrechez del campo comunicacional establecido dentro del territorio ecuatoriano.

Los centros urbanos son asociados con las ideas de progreso y desarrollo propias de la era moderna y con la población blanco-mestiza; las áreas rurales son vistas como lugares caracterizados por una inferioridad racial, salvajismos, violencia, en suma, imágenes de retraso y bloqueo al desarrollo nacional (cfr. Rabier, 1999: 98).

Los apuntes anteriores resultan útiles para enfatizar que en el Ecuador las diferencias regionales, provinciales y locales han segmentado, bloqueado y desafiado constantemente la estabilidad y la plena realización del proyecto nacional. De ahí que sea necesario observar la incidencia que las filiaciones político-espaciales tienen en la construcción del imaginario nacional: estamos en el ámbito de una multiplicidad de relaciones entre lo local-regional y lo nacional, entre las “micro-identidades”, la nación y la política, en cuya configuración es clave la comprensión de los usos que la gente hace de los lugares donde transita y vive cotidianamente. No existe, entonces, una identificación automática con el espacio nacional, en lugar de ello “las filiaciones regionales y locales crean una relación discursiva de ligeros matices con lo nacional, mediante la cual se pueden expresar ideas acerca de la naturaleza exacta del ser nacional y local” (Radcliffe-Westwood, 1999: 167).

En el Ecuador, las filiaciones regionales -tal como se ha podido observar desde inicios de 1999- se han constituido históricamente en uno de los principales filtros de re-negociación de los sentidos de pertenencia a lo nacional e, incluso, de contestación de los propios contenidos con que tal imaginario ha sido instituido. Se pone en juego la imagen de los nexos identitarios ‘nación-región’ como una figura multiforme en que ninguno de los extremos niega totalmente al otro, pero a partir del cual las diferencias de filiación se activan según los lugares e intereses específicos a través de los que la gente imagina sus comunidades. En este sentido, Radcliffe y Westwood entienden la relación entre espacio (territorio) y nacionalidad como complejas y multifacéticas “geografías de la identidad” en torno a las cuales se fusionan e intersectan narrativas oficiales y prácticas populares.

b) Los marcadores históricos

Las narrativas sobre el pasado y los orígenes de la nación ecuatoriana están en la base del nacionalismo oficial. Se trata de una conjunción de textos -historiografía académica, mitos y leyendas, asignaturas escolares, museos, celebraciones, rituales, etc.- destinada a recrear la memoria colectiva⁷⁸ que los grupos sociales tienen sobre la formación de su nación.

La construcción de la memoria colectiva requiere de filtros constitutivos dirigidos en dirección de un constante y fluido ejercicio de reinvenición de aquella por medio de ceremonias, ritos públicos, resignificaciones de la historia, que “pretenden legitimar un presente enraizado en una tradición propia, a la vez que socializar a los nuevos ciudadanos en las tradiciones comunitarias [patrióticas]

⁷⁸ Esta noción alude a “la rememoración deliberada que de algunas experiencias concretas hacen ciertos grupos, instituciones o individuos de la sociedad y que se organiza...en torno a una dimensión moral concreta” (John Nerone, en Aguilar Fernández, 1995:30).

mediante la evocación de un pasado glorioso común” (Aguilar Fernández, 1995:26). El pasado es entonces construido y modelado desde la influencia que poseen las instituciones y los actores sociales, económicos, políticos del presente.

La escritura y la enseñanza de las versiones oficiales de la historia nacional atraviesan los currículos del nivel escolar y medio en el país —uno de sus objetivos centrales es “desarrollar la herencia cultural de los ecuatorianos, mantener y conservar todos los valores de la nacionalidad”⁷⁹; ya sean de origen militar, público estatal o de administración de alguna Iglesia, uno de los ritos consagrados dentro de la semana académica en las escuelas y colegios ecuatorianos es el llamado ‘acto o minuto cívico’: se trata de un momento de proclamación nacionalista en el cual, todos los lunes antes de empezar los cursos, se iza la bandera, se canta el himno nacional y se recuerdan momentos históricos claves. La construcción de los imaginarios nacionales se activa para los ecuatorianos desde el tiempo escolar⁸⁰ y se prolonga en cada conmemoración pública de fechas importantes para el país⁸¹.

Así es como en el Ecuador se compone la ‘historia nacional’ a partir del periodo anterior a la conquista española, haciendo referencia al mítico Reino de Quito. En escuelas y colegios se recoge tal relato —basado en las crónicas del Padre Juan de Velasco sobre la colonia— que en gran medida reposa en invenciones y modificaciones de la ‘historia ecuatoriana’ (cfr. Silva, 1991; Radcliffe-Westwood, 1999). El sentido general de tal narrativa es enfatizar las raíces, los orígenes y la continuidad de los asentamientos poblacionales anteriores a la conquista y que como producto de ésta o de alianzas matrimoniales han consolidado en el tiempo la ocupación del espacio nacional. En el mismo nivel de importancia se sitúa el relato sobre la resistencia de los Quitus a la conquista incásica; esta figura ha sido usada para conectar desde el pasado los posteriores enfrentamientos con el Perú (sobre todo la ‘invasión’ de 1941) y fomentar así sentimientos nacionalistas anti-peruanos.

Cabe mencionar, sin embargo, que durante los últimos años se han incorporado a los currículos de historia, para los niveles terminales del ciclo medio, visiones del problema étnico en el país, desde la explotación de la mano de obra indígena y la estructura de clases en la Colonia hasta los levantamientos indígenas contra los gobiernos nacionales: “las lecciones de historia integran por

⁷⁹ Entrevista al Ministro de Educación en 1994 (Radcliffe-Westwood, 1999).

⁸⁰ Del mismo modo, desde 1993 los colegios instauraron, como uno de los requisitos para la graduación de bachilleres a los alumnos de los sextos cursos, un curso de instrucción pre-militar que tenía como objetivo hacer conocer a los estudiantes ciertas nociones y prácticas del universo militar. Uno de los componentes fundamentales del proceso era socializarlos en valores nacionalistas; constantemente se referían historias, cantos, relatos anti-peruanos.

⁸¹ La fecha más importante en el calendario patrio es el 10 de Agosto, el día nacional del Ecuador. Se celebra el primer grito de la independencia: “los nacionalismos suelen proporcionar fechas seculares cuya apariencia marca el tiempo en la rutina nacionalista, reforzando la conceptualización de continuidad y estabilidad en el espacio nacional (cfr. Anderson 1991; Radcliffe-Westwood, 1999).

tanto nociones de derechos humanos y el nuevo indigenismo como parte de su material pedagógico” (Radcliffe, 1999).

En este mismo nivel debe mencionarse el uso y disposición de monumentos, museos, construcciones arquitectónicas, y otras edificaciones relativas a la construcción de símbolos nacionales y locales (el Monumento de la Mitad de Mundo y los casos coloniales de Quito y Cuenca, por ejemplo) o a la conmemoración de eventos de particular trascendencia en los destinos de la nación (el Museo de Cera en honor de los héroes independentistas masacrados el 2 de agosto en el Cuartel Real de Lima), de la parte de específicas instituciones estatales —el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural es una de ellas. En ambos casos se ponen en juego imágenes ‘consagradas’ y legítimas sobre elementos de particular importancia histórica para la producción de lo nacional. En tal sentido los monumentos públicos pueden ser vistos como ‘nodos articuladores’ de representaciones espaciales y simbólicas que dan cuenta y organizan los filtros de significación de la historia y el espacio nacional⁸².

En suma, estos ejemplos ilustran la forma como la memoria colectiva ha sido modelada en torno a particulares narrativas históricas activadas y diseminadas en torno de instituciones y actores oficiales —no siempre en coincidencia— que han visto en la reconstrucción del pasado un particular instrumento para re-simbolizar la nación ecuatoriana y sus atributos.

c) Las discontinuidades étnicas

En otro nivel de registros simbólicos activados para la construcción de las imágenes oficiales sobre lo nacional es posible ubicar al problema de la composición étnica del país. Algunas interpretaciones coinciden en señalar que en el Ecuador las imágenes de lo nacional están directamente asociadas con un proceso de “blanqueamiento” de las diversas poblaciones que lo componen (cfr. Baud. et al. 1996; Rivera, 1999). Se puede advertir, entonces, que gran parte del proceso de constitución de la identidad nacional ecuatoriana reposa en una estrategia de invisibilización y exclusión de las diferencias étnicas y raciales. En este nivel, sin embargo, se han registrado —desde hace más de una década— discursos emergentes provenientes del movimiento indígena que des-centran los sentidos dominantes de lo nacional.

Ha sido extensamente documentado que el significado de lo nacional en el Ecuador, activado en torno de una minoría cultural-criolla e “impuesto históricamente con la inercia de los aparatos centrales y locales del poder...la extensión del aparato escolar y el ejército” (Ibarra, 1999:23), ha creado una trama de dominación étnica que prolonga, con evidentes desplazamientos, la matriz de relaciones coloniales entre el Estado y la población indígena.

⁸² Un análisis extenso del significado de ciertas edificaciones oficiales puede encontrarse en el estudio de Radcliffe y Westwood (1999).

En el Ecuador -al igual que en otros países andinos- la ideología oficial sobre la cuestión racial ha adoptado el formato de defensa y sustentación del mestizaje. Término de apariencia neutra que reflejaría procesos de amalgama étnica y cultural como fruto de la historia colonial del país. Se trata, sin embargo, de una noción instrumental al proceso de dominación política de las élites blancas dominantes que, simultáneamente, tiende a suprimir la comprensión de las relaciones de poder y jerarquía con las que se ha administrado la temática racial⁸³.

El problema del mestizaje puede ser pensado a partir de la idea de “eticidades ficticias” que se articulan con discursos civilizatorios-modernos para enfatizar en las posibilidades de consolidación de las identidades nacionales. Precisamente, en el caso ecuatoriano, la invocatoria mestiza aparece desde la emergencia del Estado-nacional criollo con contenidos de mejoramiento y purificación racial en un sentido en que lo blanco (asociado con los valores de la modernidad occidental europea) debería desplazar y colonizar el espacio público multiétnico.

La racialización sistemática del espacio y las identidades nacionales, sin embargo, no puede ser leída como una resolución estabilizada sobre las formas en que el Estado poscolonial ha ensayado la construcción de caracterizaciones homogéneas sobre “su pueblo”. Por el contrario, estas definiciones (las representaciones de la población frente a sí misma y frente a la sociedad nacional) permanecen todavía bloqueadas, en el debate público sólo desde hace una década atrás -por la emergencia del movimiento indígena principalmente- empiezan a tematizarse tópicos relativos a la plurinacionalidad, la multiculturalidad y el respeto de las diferencias culturales.

Una señal de esta parálisis interpretativa -en el marco de prácticas institucionales públicas/oficiales- sobre los sentidos y los contenidos de lo nacional racializado tiene que ver con el hecho de que en el Ecuador poscolonial nunca ha incluido una pregunta sobre razas y etnias en sus censos nacionales (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999). Del mismo modo, cabe mencionar el caso del Gobernador de la Provincia de Esmeraldas que en una intervención pública ante el Presidente de la República señaló que “por ventaja ya no se ven tantos negros en la provincia...”, acto seguido algunos asistentes abandonaron el lugar de reunión. Ese fue el único acto público de condena, rechazo o crítica a las declaraciones del funcionario. Ninguna organización política o movimiento social llamó la atención sobre el asunto y menos aún pidió una sanción para su protagonista. Los discursos críticos y alternativos sobre la etnicidad y, en general, sobre la “formación racial” nacional no son todavía objeto de consumo activo -de interpretación y conocimiento de las relaciones de poder en la vida cotidiana- por parte de grandes sectores de la población. La lenta irrupción del

⁸³ Tal como señala Silva, el mestizaje se basa en el “blanqueamiento, y en que las características de los grupos indígenas y negros serán remplazadas paulatinamente por marcadores etnoculturales ‘blancos’ en el transcurso del desarrollo” (1992: 18).

tema en las agendas públicas-oficiales hace pensar que el campo discursivo del conflicto racial se encuentra en proceso de consutución.

El caso mencionado evidencia que en la imaginación de la nacionalidad ecuatoriana, lo negro aparece como clausurado, marginal, residual. Los negros “constituyen el último otro, una especie de aberración histórica...una contaminación del patrimonio genético ecuatoriano. No hacen parte del mestizaje oficial” (Rahier, 1999:98). En la ideologías blanqueadoras dominantes tal proceso, que llevaría hacia una nación ecuatoriana moderna, está reservado exclusivamente a los indígenas: lo negro no es susceptible, ni si quiera, de ser blanqueado, civilizado⁸⁴.

Las imágenes de lo nacional en el Ecuador, entonces, están profundamente atravesadas por prácticas, políticas y discursos racistas que observan el problema como fuente natural de diferencias y exclusiones. Se trata de un racismo institucionalizado que aunque se sostiene en la idea de una etnicidad híbrida dominante, termina por forjar sentidos de pertenencia nacional que excluyen, de formas autoritarias y violentas a amplios sectores de la población.

Las configuraciones simbólicas blanco-céntricas y pro-mestizas filtran las diferencias de región, género y clase, se trata de elementos de distinción y jerarquía que se activan simultáneamente en contextos ampliamente diferenciados. La noción de “frontera étnica”, reciclada por Andrés Guerrero de su utilización funcionalista en los trabajos de Frederick Barth, alude precisamente a la constitución y renovación permanente de un “orden dicotómico compulsivo” que en las relaciones de poder cotidianas produce y reproduce la separación de la población nacional en dos grandes grupos: los blanco-mestizos ciudadanos y los otros. (cfr. 1998: 114-115).

Tal delimitación étnica debe ser leída como un ejercicio de formación de ciudadanía nacionales inconclusas y excluyentes en torno a las cuales se forja una matriz de dominación político-cultural que cruza el espacio público-estatal e invade la esfera privada-cotidiana, incluyendo los espacios intermedios. La frontera étnica como artilugio simbólico de dominación y esquema mental de percepción instituye en las posiciones y las estrategias de fuerza de los agentes sociales marcadores racializados de valorización y distinción que moldean la diferencia como inferioridad y, por tanto,

⁸⁴ Jean Muteba Rahier, quien investiga las representaciones de la gente negra en la revista *Vistazo*, señala que la invisibilización de lo negro es tan profunda que incluso es reproducida por los intelectuales ecuatorianos que estudian el tema de las identidades nacionales (pone como ejemplo a los trabajos de Silva, 1991, y de Ibarra, 1995, para el caso de las identidades quiteñas). En efecto, hace algunos meses en la Universidad Católica de Quito pude presenciar la defensa oral de una tesis de licenciatura en Sociología, que versaba sobre “la construcción de identidades sociales y el discurso del Desarrollo Humano en el Chota”, fue particularmente perturbador constatar que el problema de “lo negro” había sido completamente relegado como objeto de reflexión en el curso de la investigación y peor aún, observar que ninguno de los miembros del tribunal -3 profesores de sexo masculino, blanco-mestizos de clase media y con estudios de maestría- hizo observaciones sobre semejante olvido.

legitiman la dominación de la población indígena y negra por la ciudadanía blanco-mestiza (cfr. *ibid.*).

La eficacia explicativa de la noción de frontera étnica -en cuanto división simbólica entre exteriores mutuamente constitutivos y dispositivo de interpretación binaria del mundo social- para explicar la racialización del espacio y de los cuerpos individuales en el contexto nacional, se evidencia al hacer mención a la forma en que las poblaciones indígenas migrantes hacia la Costa del país, a pesar de abandonar los contextos convencionales de dominación (la hacienda serrana) son perseguidos por este partearguas etno-genéuico en cada sitio donde transitan y en los lugares de arribo⁸⁵. Se trata de una fronterización cultural movediza y constante "que sigue como su propia sombra a los emigrantes de las comunidades en el espacio nacional y ciudadano" (Guerrero, 1998: 115).

El edificio de lo nacional se asienta en espacios, regiones y cuerpos racializados, dentro de un entramado de relaciones sociales que coloca al ciudadano blanco-mestizo como locus privilegiado del sistema de poder. Lo anterior no obsta, sin embargo, para que a partir de las distintas locaciones y corporalidades bloqueadas, obstruidas y negadas se generen trayectorias de filiación divergentes hacia lo nacional.

d) La fronterización nacional de género

El argumento de Andrés Guerrero, entonces, apunta a dismantelar el desempeño y configuración de la formación-ciudadana en el Ecuador: además de la segregación pública y doméstica de la población no-blanca/mestiza como dispositivo demarcatorio de los sujetos étnicos admitidos como miembros legítimos del Estado-nacional, tal exclusión activa simultáneamente disposiciones excluyentes en función de cosmovisiones masculinistas y patriarcales sobre los cuerpos, las sexualidades y los modos de vida tolerados/prohibidos. Se trata de advertir que la legitimidad de la ciudadanía blanca-mestiza reposa en una interdicción multilínea -diferenciada históricamente según las formas y los contenidos con que se activan las prácticas excluyentes- de lo indio, lo negro, lo femenino y lo homosexual.

En este sentido cabe sugerir, con Guerrero, que la figura de la dominación racial en el espacio nacional puede ser extensible al campo de las relaciones de género, en el que los filtros de diferenciación marcan una desvaloración de la simbólica femenina respecto del universo masculino-dominante. En el caso ecuatoriano esta configuración cultural es modelada por ejemplo en instituciones oficiales, como las Fuerzas Armadas, que con su práctica institucionalizada de integrar a los sujetos a lo nacional por la vía del servicio militar obligatorio para los jóvenes al cumplir 18

⁸⁵ Este ejemplo es colocado por Andrés Guerrero al hacer mención de la investigación de Carola Lentz ("De su tierra uno no se puede alejar. Una comunidad de migrantes indígenas del Ecuador", Abya Yala, Quito, 1998) sobre la experiencia de vida de los emigrantes indígenas al ingenio San Carlos y a otras ciudades de la Costa en los años ochenta.

años de edad, instituye una masculinidad nacional-oficial que propicia la extensión de prácticas machistas y el agudizamiento de las diferencias de género. (cfr. Enloe, 1989: 18; Radcliffe-Westwood, 1999).

Como es de suponer, la asociación etnia-género implica un desdoblamiento del dispositivo fronterizo en vías a re-segmentar jerárquicamente (y con ello complejizar el trazado limitrofe) las relaciones sociales entre el campo ciudadano-masculino y aquel donde aparecen feminidades racializadas -indígenas o negras.

En efecto, tanto a nivel de los discursos sobre el desarrollo y la modernización nacionales como en el ámbito de los imaginarios estéticos y morales se reproduce un esquema de representación racializado y sexualizado que opera en contra de las corporalidades femeninas no-blancas. En el primer nivel, se ha documentado la elaboración de una narrativa -en informes gubernamentales y artículos de prensa- que distingue entre familias que favorecen al desarrollo nacional y aquellas que representan un potencial obstáculo para el progreso de la nación: "diferenciadas en base al lugar y la raza, las mujeres indígenas de la Sierra son construidas discursivamente como posibles obstáculos para el desarrollo nacional" (Radcliffe-Westwood, 1999: 231). Las identidades femeninas indígenas y negras son representadas como corporalizaciones y localizaciones que retardan las posibilidades de modernización del país, aún a pesar de ser uno de los grupos sociales más afectados por la políticas de ajuste implementadas en los últimos años en el Ecuador⁸⁶. Los discursos sobre el desarrollo nacional aparecen, entonces, de una forma sexualizada y localizada, enfatizando la idea de la diversidad de trayectorias simbólicas de construcción de la comunidad nacional imaginada.

Por otro lado, basta hacer mención de la polémica originada a raíz de la elección de una mujer negra como Señorita Ecuador o el caso de la indígena otavaleña que no fue calificada como candidata a reina de las fiestas de su ciudad por su origen étnico, para captar la intensidad de los vínculos, que para una gran mayoría de ecuatorianos, existen entre lo bello y lo blanco. El espacio mass-mediático está saturado por imágenes de mujeres con características físicas del tipo tez blanca, ojos y cabello claros, maquillaje, vestido y formas del cuerpo occidentales, entre otras, que marcan la legitimidad y primacía de un imaginario estético constituido en función de imágenes racializadas de lo blanco-femenino: tales imágenes se localizan en torno de los dispositivos simbólicos disponibles para las clases urbanas medias y altas, reforzando así las divisiones entre mujeres en base a fragmentaciones clasistas y raciales (cfr. *ibid*: 212).

A lo anterior debe agregarse que los íconos oficiales sobre la base de los cuales se instituye el imaginario y la memoria nacionales son principalmente masculinos (desde Atahualpa a los héroes

⁸⁶ Confrontar al respecto el informe sobre el desarrollo social en el Ecuador (2): "Retrato de Mujeres. Indicadores sociales sobre la situación de las indígenas y campesinas del Ecuador rural", SIISE-UNIFEM, 1998.

del Cenepa pasando por los próceres de la independencia) y en los casos en que se despliegan las biografías de las mujeres relevantes como parte de la ingeniería nacionalista, se lo hace con representaciones que enfatizan sus lazos -matrimoniales, maternos, amorosos o de parentesco- con hombres inmediatamente reconocibles, es decir sus prácticas son enunciadas como fundamentalmente pasivas. Las figuras femeninas históricas rescatadas, además, son ubicadas en contextos socioespaciales burgueses, blancos y de clase media donde se fraguaban las ideas independentistas. (cfr. *ibid*: 226).

En suma, la invocatoria nacionalista de las mujeres se asienta en artificios discursivos estereotípicos, racializados y clasistas, que ponen en juego la idea de que su participación en la historia nacional ha sido más bien marginal o instrumental. Su inclusión en el proyecto nacional enfatiza en la idea de un tipo de sujeto sexualizado en vías excluyentes y subordinadas. Estas nociones dominantes apenas si empiezan a ser objeto de disputa y condena por parte de agrupaciones y movimientos feministas con cierta trayectoria política en el país.

4.2 Las invocatorias no-oficiales de lo nacional

Cabe puntualizar que en la agregación y constitución de los factores transversales de instrumentación de lo nacional, hago referencia a los elementos de género, clase, espacio, etnia, comunicación, donde se intercalan discursos oficiales -levantados desde actores estatales y élites económicas- con narrativas y prácticas populares o no oficiales. No se trata de una circulación ideológica unidireccional pre-fijada, los relatos y formas populares de articular y re-expresar los sentidos de pertenencia a lo nacional se activan constantemente, tienen su grado de estructuración y “no son procesos de consumo ideológico pasivo” (Radcliffe-Westwood, 1999: 251).

Un ejemplo que ilustra esta combinación de disposiciones oficiales y populares en la elaboración de los imaginarios y fraccionamientos nacionales se ubica en el tema del fútbol, y más precisamente, en la forma en que se gestiona, consume y significa la participación de la Selección Nacional en cada fase clasificatoria a los campeonatos mundiales de fútbol.

Así, es frecuente que en los días previos a los juegos, políticos prominentes (presidentes, diputados, etc.) visiten al cuerpo de jugadores para desearles suerte e inyectarles una dosis de civismo nacional, factor clave para superar las pruebas deportivas. Al mismo tiempo, las hinchadas organizadas de diferentes equipos locales se desplazan -haciendo enormes esfuerzos económicos y logísticos- a la ciudad donde se juega el partido; durante su transcurso los cantos y consignas nacionalistas de apoyo se repiten continuamente, todos visten de amarillo (el color símbolo de la selección ecuatoriana) y se crea un ambiente de solidaridad y pertenencia colectiva-nacional pocas veces tan elocuente. Sin embargo, si el resultado del partido no favorece a la selección nacional -cosa por lo demás muy frecuente- es posible observar automáticamente como las mismas fanaticadas, antes

exaltantes, activan los símbolos disruptores de lo nacional: relatos masculinistas (“no jugaron como hombres”) racistas (“mucho negro” en el equipo) y regionalistas⁸⁷ (atribuir el resultado a la excesiva presencia de jugadores de una u otra región, Costa y Sierra) emergen como explicativos y justificaciones del mal resultado.

La vivencia nacional genera pasiones exacerbadas que al mismo tiempo conducen a que la gente se refugie y produzca sentidos de pertenencia local, regional, racial como modos de interpretar y afiliarse a lo nacional. En suma, se trata de un trabajo simbólico cotidiano amalgamado con prácticas públicas-oficiales calculadas que terminan por producir imaginarios nacionales densos y frágiles según los contextos y sentidos de su emergencia.

4.2.1 La interpelación indígena

Una de las narrativas populares con mayor incidencia en el campo de constitución de la nación como un terreno de disputa significativa ha provenido de la práctica política de los movimientos indígenas. El caso ecuatoriano revela algunos elementos a tener en cuenta para comprender la política de las identidades nacionales. Cabe enfatizar, en primer término, que se trata de un cuestionamiento multidimensional que busca re-direccionar la configuración estatal vigente, levantar discursos alternativos sobre el modelo de desarrollo en construcción, re-pensar las cartografías nacionales oficiales, legitimar la demanda de pluri-nacionalidad dentro del Estado ecuatoriano, revisar la sociabilidad racista que ha moldeado la experiencia de vida de miles de ecuatorianos, y emerger como actores políticos con proyectos autonómicos. La irrupción política del movimiento indio ha convulsionado las nociones dominantes sobre la igualdad, la diferencia, y por tanto aparece como un campo de batalla para dotar de nuevos contenidos a la nación, la democracia y la ciudadanía.

La alusión a los pueblos indígenas no debe ser leída únicamente como un descriptor étnico, sino sobre todo como un ejercicio de construcción política de un “nuevo” actor colectivo que activa diversas posiciones de sujeto para afirmar su constitución como interlocutor válido del Estado-nación (blanco mestizo) y de los sectores político-económicos dominantes, por medio de un proyecto político definido. Se trata de un movimiento social -que en periodos posteriores ha fundido los límites de sus actuaciones dentro del sistema político- nucleado en torno de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) que ha conseguido politizar una experiencia histórica de “alterización jerárquica” y generar diversos circuitos y campos de negociación de su estrategia de cambio (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999).

⁸⁷ Para una reflexión más sostenida sobre la relación entre lo nacional y lo regional en el fútbol ecuatoriano consultar el artículo de Jacques Paul Ramírez “Fútbol e Identidad regional” publicado en la Revista Ecuador Debate 43, CAAP, 1998.

Como movimiento social su actuación ha activado y fundido diversos matices identitarios que van desde la interpelación étnica (en oposición al predominio del mundo blanco-mestizo) a la reivindicación clasista en tanto visibilización de la población indígena como la más marginada, depauperada y afectada por las medidas de ajuste estructural que los diversos gobiernos democráticos han encaminado desde inicios de la década pasada. Se observa como, siguiendo a Laclau y Mouffe, en la política se expresan una diversidad de metas e identidades políticas que se fusionan abiertamente para dar cabida a la formación de sujetos colectivos.

En esta perspectiva, en lo que respecta a la interpelación a los discursos oficiales, unitaristas e integradores de lo nacional, el movimiento indígena ha colocado en el debate público la necesidad de tematizar la cuestión étnica y cultural como bases para repensar el carácter unitario del Estado ecuatoriano. A pesar de la diversidad de formaciones lingüísticas, costumbres, tradiciones, fiestas, formas de gestión del espacio, historias comunales, etc., la eficacia política del movimiento indio residiría en haber visibilizado un nuevo agente social -el ciudadano étnico- con capacidad de auto-representación para generar una política de múltiples oposiciones al *status quo*. Los actores indígenas adquieren de esta forma una nueva corporalidad en el escenario público nacional (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999; Rivera, 1994; Guerrero, 1994).

No cabe simplificar la interpretación de la formación del sujeto colectivo indio por medio de una alusión unívoca a la politización de lo étnico, simultáneamente el discurso indígena ha evidenciado la importancia de la tierra (sus derechos históricos sobre ella) como fuerza unificadora y por tanto se hace presente la materialidad de sus reivindicaciones en cuanto actores productivos con un estatus marginal.

En este encuadre identitario, una de los ejes de articulación activados por el movimiento indígena ha sido la idea del pluralismo en los temas de la ciudadanía y la identidad nacionales: la propuesta de la plurinación ha sido activamente defendida por el movimiento desde el levantamiento indígena que protagonizaran en 1990, asunto que coloca el tema de la reforma del Estado como parte de su agenda política: "Nuestra demanda contempla el pedido de reforma del Art. 1o de la Constitución Política del Estado, reconociendo al país como Estado plurinacional, ya que consideramos que nos identificamos como nacionalidades indígenas que formamos parte de un Estado Plurinacional...La Reforma a la Constitución conllevaría a la modificación del carácter del Estado" (Macas, 1991: 11).

Esta interpelación coloca en el debate público un abierto proceso de reconstitución del imaginario nacional. En primer lugar se observa un esfuerzo por marcar la especificidad identitaria de los pueblos indios (su auto-denominación como nacionalidades) en términos de lo que podría calificarse como una reinvencción auto-consciente de "la indianidad", una identidad remodelada

constituida según habilidades estratégicas necesarias para las disputas políticas en los Estados modernos (cfr. Baud et.al, 1996: 76-81)).

En segundo nivel, la demanda de cambios en la institucionalidad del Estado debido a la presencia - hasta entonces invisibilizada- de diversas nacionalidades en su interior. Se trata de una concepción de las filiaciones plurinacionales en términos de una "equivalencia de lealtades múltiples dentro de una sociedad descentrada", que revienta la comprensión unitaria de la nación y del poder del Estado dentro de ella. Emerge, por tanto, una narrativa que promulga el respeto y reconocimiento de las diferencias y el despliegue de identidades multinacionales que activen espacios de desarrollo para las diversidades étnicas y regionales (cfr. Radcliffe-Westwood, 1999:85).

De esta forma se construye una racialización, desde abajo, de la formación estatal vigente que supone la necesidad de descomprimir y dispersar la idea de la ciudadanía universal (blanca-mestiza), con miras a conferir, además, estatuto de legitimidad a la participación política de las organizaciones indígenas en la toma de decisiones públicas a nivel nacional y local. Un sentido de lo ciudadano en términos de igualdad, ejercicio de derechos y participación política aparece claramente en su discurso y prácticas políticas: "buscamos el camino de unidad de los distintos pueblos ya que encaramos la esperanza de la construcción de nuevas sociedades, donde se reconozcan los derechos étnicos y culturales de las nacionalidades indígenas; es decir, una sociedad plurinacional y multicultural que se base en el principio de legítima democracia, que sea solidaria y respetuosa de las diferencias culturales" (Macas, 1991: 16).

La figura de una nueva noción y práctica de la democracia emerge claramente de este relato. Los indígenas son portadores de un proyecto político nacional no-oficial que activa la idea de formas de representación política y ejercicio de la democracia que partan de la misma base (cfr. Rivera, 1994: 64). Las democracias raciales o racializadas jerárquicamente en una vía de negación y omisión de los ciudadanos no-blancos mestizos aparecen largamente desmanteladas con la irrupción política discursiva del movimiento indio. La democracia es representada, por el contrario, como un campo apto para el reconocimiento y la negociación de las diferencias, y en ese dominio aparece como uno de los principales caminos para la re-significación de lo nacional en el país.

Las desconexiones y discontinuidades activadas por el movimiento indio en el imaginario nacional dominante se expresan de manera radical al examinar su planteamiento de autodeterminación (se usaron también los términos de autonomía y autogobierno). Se trata de una demanda que, en lo fundamental, activa la idea de un conjunto de derechos, códigos y leyes tradicionales indígenas como mecanismos de auto-regulación legal y administrativa de los asuntos internos de las comunidades en el marco del Estado nacional. De tal forma, como señala Rivera, este planteamiento constituye un golpe simbólico, una contraimagen, una ruptura respecto de esa

concepción abstracta de la legalidad, derecho individual y ciudadanía que ha impulsado el estado-nación desde sus inicios y que ha enmascarado la intolerancia étnico-cultural (1994: 66).

De esta forma se cuestionan los instrumentos legales codificados en clave blanca-mestiza, que postulan un ideal de ciudadanía igualitaria y universal, que en gran parte son filtros generadores de sentidos de pertenencia a lo nacional, y que han servido como dispositivos de control y disciplinamiento de las poblaciones en tanto obligadas a rendir cuentas a una legislación nacional-homogénea. El discurso indígena hace alusión a la necesidad de dar cabida, en el engranaje jurídico positivo del Estado, a una "tradicición normativa" más acorde con las características étnicas y culturales de amplios sectores de la población nacional. Emerge así un relato sobre el Ecuador como un país atravesado por diversas formaciones raciales, asentadas en específicos lugares del territorio, con voluntad y capacidad de auto-gobernarse. La nación se descomprime, muestra sus orificios y vacíos significativos.

La fractura étnica de lo nacional no se visibilizaría en toda su dimensión si no se discute la variable territorial como noción clave del discurso indígena durante la última década. Así, el sector amazónico del movimiento indígena, principalmente, ha levantado la demanda de una nueva territorialización del país: tanto la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana (COFENAIE) como la Organización de Pueblos Indígenas de Pastaza (OPIP) han visto la recuperación y defensa de los territorios indígenas como reivindicaciones centrales de su agenda política. Se trata de la activación de una geografía imaginaria no-oficial que postula un cuestionamiento a las concepciones dominantes sobre el espacio, el territorio, la frontera enmarcados en un tiempo-espacio unificador edificado bajo prácticas estatales de colonización y conquista, entrega de concesiones petroleras y forestales, política de fronteras vivas, mutarización de la frontera con el Perú, etc. (cfr. Rivera, 1994: 68).

La demanda de autonomía territorial por parte de los pueblos indios sacude el "mito del señorío sobre el suelo", la idea de posesión y soberanía de la nación ecuatoriana sobre el espacio amazónico. Tal postulado fractura la idea de integridad territorial, uno de los pilares claves de la construcción de la identidad nacional en el país. Si se observa que estas demandas emergieron en un periodo en que los problemas limítrofes con el Perú estaban marcados por signos de inestabilidad y posibles desenlaces bélicos, puede dimensionarse la enorme fractura simbólica que generó en la producción de los sentidos de lo nacional.

Estas geografías populares imaginadas surgen bajo una combinación de narrativas primordiales asentadas en la idea de territorios étnicos heredados ancestralmente⁸⁸ y la utilización de instrumentos cartográficos aparentemente monopolizados por el Estado y los técnicos militares. Así -tal como documentan Radcliffe y Westwood- desde mediados de los ochentas, las confederaciones indígenas de la Amazonía han participado en proyectos cartográficos como la base para la negociación política con el Estado en lo relativo a los derechos sobre la tierra, la organización social y la plurinacionalidad (1999: 194).

La construcción de versiones geográficas alternativas sobre los nacionalismos ha reposado entonces en la utilización de mapas que, si bien conservan una posición marginal, abren campos significativos diversos en la formación de identidades nacionales. Al efectuar representaciones visuales del territorio de las nacionalidades indígenas, las organizaciones evidencian además sus agendas de cambio político y social que van más allá del tema de la tierra. Los mapas producidos por las confederaciones indígenas “crean representaciones topográficas de las tierras que reclaman con el fin de delinear y dar nombre a la extensión y naturaleza de su territorio, así como crear un producto cultural que va en contra de la idea generalizada de la que la Amazonía no está poblada” (ibid.: 196).

En 1993 el gobierno nacional reconoció los derechos de propiedad sobre los territorios indígenas de Pastaza; en el proceso de negociación se utilizaron los mapas elaborados por los equipos topográficos indígenas, este proceso de auto-linderación tuvo como resultado un mapa que reclamaba un territorio multiétnico de aproximadamente 1.1 millones de hectáreas (ibid: 197).

A pesar de que en este proceso de reconquista y resignificación del espacio amazónico no se ha conseguido modificar las posiciones sobre el Estado como propietario absoluto del subsuelo⁸⁹, lo que implica que las comunidades indígenas están obligadas a permitir todo tipo de extracción petrolera y minera en “sus” territorios, el proceso de tematización del problema espacial en el país visibiliza la importancia de los suelos, los mapas y las fronteras como base para el sostenimiento tanto de las identidades nacionales oficiales como de las subalternas. Tal proceso evidencia además que las identidades se forman con referencia a múltiples lugares y relaciones socio-espaciales, lo que da cuenta de la fragilidad de las adscripciones con el lugar nacional como si fuese un sitio fijo, estático, predeterminado con el cual obligadamente identificarse.

⁸⁸ Fredy Rivera define esta adscripción bajo la idea de territorialidad simbólica, a saber, “la memoria histórica de un territorio original (que se constituye) en una referencia identitaria de suma importancia para los grupos étnicos que han visto disminuidos sus espacios de reproducción física y espiritual por efecto de la dominación colonial y la creación de los estados nacionales” (1994: 69).

⁸⁹ Los títulos de tierra oficiales no abarcan el subsuelo solo reconocen la propiedad de la superficie de la tierra.

Otros ámbitos de desenvolvimiento del movimiento indígena se han desplegado en el Ecuador en la necesidad de crear un sistema de educación bilingüe intercultural auspiciado desde el Estado, obtener recursos internacionales específicamente destinados al desarrollo de los pueblos indios y negros, extender sus demandas en una perspectiva transnacional, que en conjunto con los elementos antes reseñados, colocan la figura de una nación con un nuevo sujeto étnico que viene a subvertir prácticas y significados elaborados desde una óptica racista e intolerante. No se trata de un proceso acabado, ni de conquistas garantizadas y estables, menos aún de suponer que las condiciones de vida de las poblaciones indígenas han mejorado sustancialmente en los últimos años, se trata más bien de entender que la práctica de los movimientos sociales se enfoca en resignificar los códigos culturales dominantes, las ganancias son en primer término sobre todo simbólicas, y en el caso ecuatoriano se evidencian en la forma en que los indígenas han conseguido negociar e introducir en el debate público temas que antes formaban parte del orden natural de las cosas.

La incidencia disruptora del relato indígena en la confección de lo nacional debe leerse entonces como un reacomodo simbólico, semántico y práctico de los filtros étnicos, espaciales y políticos en torno de los cuales se había fijado, violenta y excluyentemente, el amazón del Estado y la nación ecuatorianos.

4.3 Los límites del dispositivo político nacional

La discusión sobre algunos nodos articuladores (territorio, frontera, historia, región, etnia, género, clase) sobre los que reposa la imaginaria oficialista de lo nacional en el Ecuador y la forma en que esta ha sido disputada, permiten visibilizar que se trata de un proceso complejo, multilineal, repleto de esfuerzos de centramiento y prácticas de quiebre en que las identidades individuales y colectivas, desde sus respectivas posicionalidades, afectan a y se ven afectadas por los sentidos, mecanismos y contenidos de instauración de los relatos nacionalistas.

En esta medida cabe plantear que la cuestión de la identidad nacional en el Ecuador sigue siendo un tema de debate y, como tal, en constante resignificación. La persistencia de una retórica unificadora y homogeneizante desde ciertos sectores oficiales –anclada en la posibilidad de una ‘nacionalidad’ lo más englobadora posible y activada sobre todo en función de la discontinuidad y el conflicto fronterizo con el Perú– se ve confrontada desde diversos actores y ejes discursivos –he señalado aquí sobre todo los relatos indígenas– que enfatizan en las fisuras y las diferencias étnicas, regionales, territoriales, etc., como parte del proceso de reconstitución de la identidad nacional.

Lo anterior no obsta para argumentar que en el caso ecuatoriano el proceso de construcción de lo nacional responde a un movimiento político forjado desde el Estado y las élites políticas-económicas como una “voluntad de disciplinamiento” del espacio, el tiempo, la memoria y la

diversidad cultural, en una modalidad centralista (cuyos contornos se delinean en torno de íconos de clases media-alta, blanco-mestizos, masculinos, urbanos, y modernos) que ha creado trayectorias de pertenencia a lo nacional sin incluir y fusionar a un conjunto de actores y grupos sociales cuyos capitales simbólicos y materiales no coinciden con los del imaginario nacionalista oficial.

La formación de una plena ciudadanía nacional, componente imprescindible de los sistemas políticos democráticos modernos, presenta intensas fracturas entre una supuesta universalidad e igualdad de ciertos sectores y aquellos ámbitos en que persisten formas coloniales y violentas de exclusión política y social de específicos actores sociales. La negación de las diferencias culturales y la existencia de una jerarquía étnica en los diversos ámbitos de la vida pública y privada constituyen piezas clave para entender las formas de poder aparejadas a la formación de los imaginarios nacionales. De esta modo, estamos frente a una construcción escasamente democrática de lo nacional. La arquitectura nacionalista, configurada desde y a partir de los proyectos instruccionales del Estado, ha sido edificada desde una matriz demarcatoria y jerarquizante tanto a nivel de los espacios de sociabilidad como en los de negociación política. Esto ha dado lugar a un tratamiento esencializado e instrumental de las identidades de los múltiples "otros" y por tanto a una configuración societal y cultural fundada en sólidos sistemas de dominación que han impedido la emergencia de procesos abiertos de articulación política y negociación de las diferencias.

Quisiera dejar colocada la idea de que en este nivel de mediación política se expresa la imposibilidad que históricamente han tenido las elites locales de definir lo nacional en formas en que su proyecto de dirección de lo social pueda ser hegemónico. La exclusión intencionada y estratégica de algunos "otros" ha degenerado básicamente en procesos de dominación política que menguaron y continúan bloqueando las posibilidades de empezar a hablar de sistemas políticos y culturales abiertos, flexibles, democráticos y pluralistas en el país⁹⁰.

Tal escenario deja entrever, evidentemente, la fragilidad de la legitimación de la institucionalidad estatal en tanto productora de mecanismos y expresiones de representatividad de las múltiples diferencias identitarias en el país. El déficit representativo del sistema estatal ecuatoriano se visibiliza por medio de una desagregación de las formas y contenidos con que se ha instituido el imaginario nacional. Las implicaciones de este problema, no sólo son de corte simbólico-identitarias, sino que afectan al funcionamiento del sistema político democrático en su conjunto: la persistente dificultad de constituir un sistema de intermediación político, entre el Estado y la sociedad, abierto a la participación igualitaria de todos los sectores sociales (cfr. Burbano de Lara, 1999) y apto para procesar sus demandas.

⁹⁰ Confrontar la reflexión de Octavio Ianni, extensible a los procesos de formación nacional en toda la región latinoamericana, sobre la dialéctica hegemonía-dominación en la conducción política de los Estados-nacionales desde los años setentas (1990).

No se trata de negar las modificaciones que en el curso de los últimos años se han registrado en el país: ciertamente, incluso dentro de los sectores oficiales se han flexibilizado posiciones y argumentos respecto de asuntos como el reconocimiento de la diversidad étnica, la aceptación de expresiones jurídicas, políticas, culturales indígenas, la formulación de políticas públicas específicamente diseñadas para la inclusión de nuevos derechos ciudadanos a las minorías sociales, el replanteamiento de las relaciones entre desarrollo e integración, etc; tales cambios no han resuelto, sin embargo, la permanente contradicción entre, por un lado, el objetivo de los gobiernos de llegar a una ideología y cultura nacional homogéneas y compartidas unánimemente y, por otra parte, el reconocimiento de la heterogeneidad y del carácter local y grupal de expresiones –étnicas y regionales- identitarias diversas (cfr. Baud et.al., 1996). La ambivalencia frente a las demandas indígenas en que un discurso liberal-pluralista de incorporación igualitaria de los ‘nuevos’ ciudadanos al estado nacional es bloqueado frecuentemente con políticas públicas convencionales que refuerzan la exclusión social de tales sectores, sigue siendo un rasgo distintivo, a este respecto, en el país.

La visibilización de esta contradicción y de los propios cambios señalados se han producido en el contexto de la emergencia de nuevos actores sociales con capacidad de disputa política y simbólica respecto de las formas de organización y control del campo social. Un conflicto respecto de los sentidos de la identidad nacional se encuentra actualmente en el centro del debate público. La incidencia del movimiento popular indígena ha sido crucial en la perspectiva de la resignificación de algunas aristas oficiales con que lo nacional ha sido nombrado. Algunos investigadores utilizan el término de contra-hegemonía para indicar que no se trata únicamente de una estrategia defensiva “sino también de una estrategia asertiva de (los dirigentes de) la población indígena y campesina con el fin de llegar a una redefinición de su posición dentro de los estados nacionales” (Baud et. al., 1996:108) y a una nueva narrativa sobre las formas de entender lo nacional.

Esto no implica negar la existencia de imaginarios nacionales, sino presentarlos en términos de las discontinuidades y fronterizaciones bajo las que su confección ha tomado forma. La evocación nacional no consigue ocultar la yuxtaposición de proyecciones e imaginaciones provenientes de lugares, regiones o filiaciones étnicas diversas. Las diferencias identitarias no desvanecen sino complejizan el relato nacional. Su emergencia pone en el debate la tensión entre proyectos homogeneizantes y formas discontinuas de identificación.

Precisamente, se podría sugerir que la constitución de lo nacional-oficial en el Ecuador aparece enfatizando secciones, rupturas, quiebres: permanentemente se activan relatos para remarcar la discontinuidad espacial (con el Perú), la discontinuidad étnica (de lo blanco-mestizo a lo indio y a lo negro en escala descendente), la discontinuidad regional (en cuanto formaciones geográficas y productivas diversas), la discontinuidad socio-económica (en que los lugares y cuerpos

desarrollados-modernos son urbanos, metropolitanos, “civilizados”) y discontinuidades de género, generación y religión.